

ct

Breakin Barrio

de
Verónica Serrada

(separata)

Monólogo
Embarriada

Personaje

Una mujer recuerda su adolescencia en Los Pajarillos, un barrio marginal donde descubrió la cultura hip-hop y se convirtió en una B-girl.

VERÓNICA

(Imagen proyectada en una pantalla:IMP)

El barrio.

Un barrio es como una frontera entre el norte y el sur.

Un territorio de nadies.

Las oportunidades parecen no traspasar el túnel.

El dichoso túnel.

Objeto de mis terrores de adolescente minifaldera regresando a la guarida, cualquier sábado de *calichomeo* tardío.

Barrio no era una peli de Fernando León, no.

¡Barrio! Era lo que escuchaba en ese aire de superioridad de los chicos del otro lado.

Chica de barrio. Barrio de los yonquis y los vecinos gritones.

Paisaje de cacerolada y anárquicos tendaderos.

Barrio era mi amiga Sandra diciéndole a los chavales que vivía cerca de la Plaza Circular, para que no le pusieran la *pegata* de “chica de *Pajarillos*”.

Barrio era la cara de la gente al escuchar dónde vivías, ese poema de compasión y rechazo.

Barrio era el Instituto Galileo y los tiros en sus muros verdes, vestigio de reyertas en la vecina “*Ciudad de los yonquis*”.

Barrio eran las viviendas del *29 de octubre*, esas casitas para pobres, y su aire de pueblecito desordenado.

Y el túnel, el dichoso túnel.

Ahí se terminaba todo y empezábamos nosotros.

Los hijos de los faseros, sí, de la FASA Renault. La generación del BUP y la FP, de *Vacaciones Santillana* en lugar de *Vacaciones en el mar*. Los adictos a la máquina del *tetris* y los *sobres sorpresa*.

Crecimos sabiendo que esa línea nos separaba del resto del mundo y cada vez que cruzábamos el túnel con nuestra osadía transgresora y nuestras *Yumas* de 2.000 pesetas, era como derribar un poquito nuestro muro de Berlín, nuestra propia frontera de bloqueos y desolaciones. Agarrábamos la piedra “rompe techos de cristal” y la lanzábamos con descaro sobre vosotros, los del otro lado.

(Aparecen Carlos y Diana)

Y había un ruido, un ritmo latente, que hablaba de nuestros cuerpos indómitos, de acrobacias a flor de piel, de casetes sonando en horas extrañas moviendo el sentir de todos estos cachorros proletarios que no querían más líneas divisorias.

Solo bailar, bailar, al son de sus ideas. En “*tola*” boca del charlatán *mostachillo* del centro.

Porque barrio eran también los *breakers*, esos extraterrestres que parecían salidos de una *peli* de *Loach*. Nacidos de la simbiosis entre las pinceladas de *Basquiat* y el sello de los creadores de *Oliver y Benji*... Cinéticos puros, insultantemente bellos, que se convirtieron en mi paisaje preferido de día de diario, en esa sensación de “¡Ya es primavera!”, y no en *El Corte Inglés* precisamente. Mi admiración de canijilla diferente soltando un *¡Guau!* a cada paso suyo.

Porque algo se estaba gestando entre las calles con poéticos nombres de pájaros, un ejército de vencejos, cientos de plumas de faisán elevando sus trazos al cielo, alondras que anunciaban el alba y cisnes que sacudían con brío el barro de sus cuellos.